

2 de octubre de 2022 - 27º domingo C

[Ha 1:2... 2:4; 2 Tim 1:6...14; Lc 17:5-10](#)

H o m i l i a

El profeta Habacuc vivió en una época de prueba, cuando el pueblo judío estaba expuesto a la invasión y a la destrucción. En su oración a Dios hace suyo el grito del pueblo: "¿Por qué? - ¿Por qué toda esta violencia y destrucción? Pero su visión termina con un grito de esperanza: "El justo, por su fe, vivirá". Esa fue nuestra primera lectura.

En la segunda lectura, tenemos un texto de San Pablo. En el momento en que escribe esta carta, Pablo es un hombre de edad avanzada, un prisionero, que espera la muerte, que no tardará en llegar. Escribe a su discípulo Timoteo, a quien ha ordenado por la imposición de sus manos. Le invita a no ser tímido y a no dudar en asumir la responsabilidad que ha recibido. No debe avergonzarse de su misión de dar testimonio de su fe en Cristo, de quien es, en virtud de su ordenación, sacerdote y obispo.

Y, finalmente, en el Evangelio, los Apóstoles piden a Jesús: "¡Aumenta nuestra fe!" y Jesús responde: "Si tuvierais una fe tan grande como un grano de mostaza, diríais a este gran árbol: 'Desengánchate y ve a plantarte en el mar', y te obedecería".

Así pues, hay un tema común que recorre estas tres lecturas; y es el tema de la fe. Pero, ¿qué es la fe? ¿Estamos seguros de tener fe en Dios y en su Hijo, Jesucristo? ¿Es evidente que somos creyentes! Si no fuéramos creyentes, no estaríamos aquí esta mañana, celebrando la Eucaristía en memoria de Cristo. Pero ser creyente significa tener creencias; y "tener creencias" no es lo mismo que "tener fe".

La fe es la confianza total. Y sólo podemos confiar plenamente en alguien a quien conocemos íntimamente, alguien con quien tenemos una profunda relación personal, alguien a quien amamos. Y aquí hay otra distinción importante. Puedo saber mucho de una persona y no conocerla realmente. Puedo haber leído la biografía del Papa, de un jefe de Estado o de un autor. Puedo conocer todos los detalles de su vida. Si nunca los he conocido, si no he establecido una relación personal con ellos, no puedo decir que los conozco. Lo mismo ocurre con Dios. Puede que haya leído y estudiado muchos libros sobre Dios. Puedo conocer bien el Antiguo y el Nuevo Testamento. Puedo conocer y aceptar todo lo que la Iglesia enseña; si no tengo una relación personal de amor con Dios en la oración, no puedo decir que lo

conozco. Sólo sé cosas buenas de él.

Por eso Cristo preguntó una vez a sus discípulos no sólo lo que otros decían de él, sino "¿Quién decís que soy yo? "¿De verdad me conoces?" No les preguntó: "¿Qué decís de mi enseñanza, mis milagros, etc.?", sino: "¿Quién decís que soy? ¿Me conoces de verdad?

Tener fe en Jesucristo es aceptar ser guiado por él, e incluso a veces ser llevado por él sobre sus hombros, a menudo sin saber exactamente a dónde nos lleva. Significa aceptar que cada vez que entra en nuestra vida, toda nuestra existencia cambia. Esta fue la experiencia de los profetas del Antiguo Testamento. Fue sobre todo la experiencia de la Virgen María, cuya vida se transformó radicalmente cuando recibió en su interior la Palabra de Dios y se convirtió, por este acto de fe, en la Madre de Dios.

Ser cristiano no es pertenecer a una organización llamada Iglesia, y observar las leyes de tráfico lo suficiente como para llegar al cielo, a ser posible sin recibir demasiadas multas por el camino. Ser cristiano es ante todo tener fe en Jesucristo, tener una relación personal con él en la oración. La Iglesia no es tanto una organización como la comunión de todos los que comparten la misma fe en el mismo Hijo de Dios. Y para los que somos monjes, ser monje no es sólo pertenecer a una comunidad monástica y vivir en un monasterio, respetando sus reglas lo más posible. Ser monje es construir toda tu vida en torno al valor fundamental de una relación personal con Dios. Y esto es lo que da sentido a todos los demás aspectos de nuestra vida, que no son más que medios para este fin. Estos medios son importantes, ya que hemos comprometido nuestro honor y nuestra fe prometiendo públicamente que los utilizaremos con fidelidad; pero no son el objeto de nuestra fe. Estos medios están al servicio de nuestra fe.

Mientras estamos a punto de recibir en esta Eucaristía a Cristo que se nos da como alimento de vida, digámosle de todo corazón, como los Apóstoles: "Señor, aumenta nuestra fe".